

MEMORIAS CRUZADAS de Amapola

A las nueve y diez de cada noche, al salir de trabajar, Clara se paraba en el paso de cebra gobernado por el semáforo más largo de la ciudad. No parecía importarle que su trayecto a casa se viera interrumpido por aquella luz roja, ella lo tomaba como un respiro y, casi podía decirse, que se dedicaba a meditar. Aprendió a reconocer a las personas que se cruzaban en su vida durante esos sesenta segundos, incluso recordó la matrícula de algún vehículo. Le gustaba observar cómo el paso de las estaciones cambiaba el paisaje que envolvía a aquel paso de peatones. Era otoño cuando se fijó en el edificio que tenía delante de ella. Curiosamente, jamás había recaído en su presencia hasta ese día, su atención siempre era robada por el resto de transeúntes. Como por ejemplo, la chica rubia de pelo ondulado a la que veía los martes y jueves. Llevaba un uniforme de algún colegio privado y siempre le estaba mandando audios a una tal Mariana.

Tras comprobar que, hoy al ser miércoles, la madre de Javier y el padre de Lucía se habían despedido después de recoger a sus hijos de judo, volvió a percatarse de nuevo en aquel edificio alto, concretamente en el primer piso. Una ventana con las cortinas corridas y la persiana aún arriba, dejaba ver a un hombre de edad avanzada moviéndose por lo que, Clara asumió, sería su salón. No le dio tiempo a observar muchos más detalles, porque el semáforo cambió de color y le tocó regresar a su hogar. Sin embargo, mientras pisaba las líneas blancas y negras, le invadió una extraña sensación de familiaridad. ¿Conocía a ese hombre? Asumió que el cansancio le había revuelto un poco las ideas y fue directamente a la panadería, que cerraba en menos de media hora, porque recordó que no tenía pan para acompañar su cena.

Al día siguiente, Clara no prestó atención a las novedades que iba a recibir Mariana, ni si Coque, el perro del chico de las deportivas amarillas, por fin tendría la patita curada. Volvió a recorrer con su mirada la fachada del bloque de pisos hasta encontrarse con la ventana desnuda. Esta vez pudo ver que allí vivía un hombre de entre setenta u ochenta años, con más calvicie que canas y que usaba gafas. Parecía llevar una bata granate y se dirigió hacia su

izquierda, ocultándose tras la pared. Un par de segundos más tarde, cambió su trayectoria portando un vinilo en sus manos y desapareció por el lado opuesto.

En ese momento Clara no lo sabía, pero Juan, su misterioso amigo, caminó hasta el fondo de su salón con sus alpargatas azules en dirección a su tocadiscos. Colocó con mucho cuidado la aguja sobre el negro acetato y una melodía empezó a sonar. Juan suspiró y meneó la cabeza al ritmo de las notas que brotaban del aparato, con una ligera sonrisa. Entonces, se dirigió hacia el escritorio que había a la derecha y se sentó en una vieja silla. Sobre la madera había un cuaderno y un bolígrafo de tinta azul. Abrió el cuaderno por la hoja que estaba marcada con un ticket de compra y comenzó a escribir:

"Mi querida Elvira,

Hoy ha sido un día precioso, no sabes lo que te has perdido... He salido a pasear como todas las mañanas, y me he encontrado con Luis, no con el vecino, sino Luis, el que fue carnicero en el Mercado San Miguel. Estaba cambiadísimo, se había jubilado hacía tres años y se había dejado bigote. Me ha preguntado por ti, y se ha llevado una decepción con mi respuesta. Me ha abrazado y me ha dado el teléfono del nuevo carnicero, prometiéndome que corta la ternera igual que él, como a ti te gustaba. He cocinado unas lentejas (empieza a hacer mucho frío), pero me han sobrado tantas que creo que tendré para varios días. Luego me he pasado el día ordenando, sé que odiabas cuando lo hacía y, para tu alegría, quiero que sepas que tenías razón. No sé si es que me hago mayor y le guardo cariño a cualquier trasto, o es que siempre he sido así. He encontrado el disco de Sam Cooke, ¿te acuerdas que nos lo trajo tu prima cuando volvió de París y escuchamos Nothing Can Change This Love? Qué guapa estabas y qué bien bailabas. Espero que allá donde estés, te llegue su voz y bailes con alegría. Dejaré el tocadiscos sonando un rato por si te apetece escucharlo conmigo.

Buenas noches, como siempre, te dejo un vaso de agua en la mesilla.

Te ama siempre,

Juan"

Clara prefirió pensar que ese hombre estaba de aniversario y que su mujer le estaba esperando sentada en la mesa para empezar a cenar. Seguro que le habría dicho algo como: "¡Otra vez con ese disco!", pero lo escucharía encantada. Después, se sentarían en su sofá

viendo su álbum de bodas, reviviendo aquel día y pensando en que hoy sí podrían permitirse irse de luna de miel. Sintió curiosidad por sus vidas, por quiénes fueron y, por si alguna vez se preguntaron en quién era ella mientras miraban por la ventana. A lo que se dio cuenta, tuvo que retroceder unos cuantos pasos porque se había equivocado de portal. Llamó al portero, pues hacía tanto frío que no quería quedarse fuera buscando sus llaves en el bolso. Decidió subir por las escaleras para entrar en calor y le abrió la puerta su novio:

— ¡Hola, guapa!

— Hola, guapo —contestó mientras le daba un beso. —¿Qué tal te ha ido?

Mientras entraban y se ponían al día, se dirigieron a la cocina como si fueran unos autómatas programados para hacer la cena. Clara se estaba lavando las manos cuando preguntó:

— ¿Puedes poner algo de música, *por fi*?

Su novio dejó de cortar los tomates, se dirigió hacia un altavoz inalámbrico y pulsó el botón de play. Una dulce voz empezó a cantar:

*“If I go a million miles away
I'd write a letter each and every day
'Cause honey, nothing, nothing
Can ever change this love I have for you”*

— ¡Me encanta esta canción! —exclamó Clara al escuchar las primeras notas de *“Nothing Can Change This Love”*.

Riendo y bailando al son de la canción, mientras posponían la ardua tarea de cocinar, sus sombras se dibujaban en la cortina que abrigaba el cristal. En la oscuridad de la noche, un hombre paseaba a su perro mientras tiraba la basura. Levantó la vista hacia los jóvenes y, mirando la luna con nostalgia, pronunció:

— Al fin volvemos a bailar, Elvira.